

1

«Hart Mackenzie».

Las malas lenguas decían que él conocía todos los placeres que las mujeres anhelaban y que sabía perfectamente cómo proporcionárselos. Que Hart no preguntaba a ninguna mujer qué quería; era posible que ni siquiera ella misma lo supiera, pero lo tendría muy claro una vez que él hubiera terminado. Y querría más.

Hart poseía poder, riqueza, habilidad, inteligencia y la capacidad de hacer que todos —hombres y mujeres— hicieran lo que él quería y pensarán que era idea propia.

Lady Eleanor Ramsay sabía de primera mano que todo eso era cierto.

Se había personado en St. James Street aquella tarde de febrero, inesperadamente benigna, para mezclarse entre los periodistas que aguardaban a que el gran Hart Mackenzie, duque de Kilmorgan, abandonara su club. Con aquel vestido pasado de moda y un enorme sombrero, lady Eleanor Ramsay parecía una escritorzuela del tres al cuarto, tan deseosa de una buena historia como cualquiera de los presentes. Sin embargo, mientras el resto había acudido para conseguir una historia sobre el famoso duque escocés, ella estaba allí para cambiar su vida.

Los periodistas se pusieron en movimiento en cuando vislumbraron al alto duque en el umbral. Sus anchos hombros llenaban una entallada chaqueta negra y un *kilt* con los colores de los Mackenzie le rodeaba las caderas. Siempre llevaba puesta esa prenda tradicional. Su intención era recordar a cualquiera que le viera que, por encima de todo, era escocés.

—¡Excelencia! —gritaron los reporteros—. ¡Excelencia!

Una marea de hombres la adelantó, dejándola atrás. Ella se abrió paso hasta el frente a empujones, utilizando para ello la sombrilla plegada sin compasión.

—¡Oh, perdón! —se disculpó cuando sus movimientos empujaron a un tipo que intentó apartarla de un codazo.

Hart no la miró a ella ni al resto. Se puso el sombrero y bajó los escalones que separaban el club de la puerta abierta del carruaje descubierto. Era un maestro en el arte de ignorar aquello que no le importaba.

—¡Excelencia! —gritó, ahuecando las manos alrededor de la boca—. ¡Hart!

Él se detuvo en seco y se volvió hacia ella. Sus miradas se encontraron. Sus pupilas doradas parecieron atravesarla, a pesar de los seis metros que les separaban.

Se le debilitaron las rodillas. Había pasado un año desde la última vez que le vio; entonces se habían encontrado por casualidad en la estación del tren. Él la siguió a su compartimento y la obligó a aceptar algo de dinero. Estaba segura de que se lo había ofrecido por lástima y eso le dolió. Hart también le había entregado una de sus tarjetas, que le deslizó en el interior del corpiño. Recordó el calor de sus dedos y el roce de la cartulina contra la piel.

Hart se inclinó para decir algunas palabras a uno de los lacayos, que tenía aspecto de púgil y esperaba junto al carruaje. El hombre asintió con la cabeza antes de comenzar a caminar hacia ella, atravesando la frenética marea de reporteros.

—Por aquí, milady.

Ella apretó con fuerza la sombrilla cerrada, consciente de que todos los ojos estaban clavados en su espalda, y le siguió. Hart no apartó la vista de su rostro mientras se acercaba. Hubo un tiempo en el que había sido muy excitante ser el centro de toda su atención.

Cuando llegó al vehículo, Hart la tomó por el codo y la ayudó a subir al cabriolé.

Ella contuvo el aliento al sentir su contacto. Se sentó, intentando aplacar los alocados latidos de su corazón, y Hart subió detrás, acomodándose enfrente. ¡Gracias a Dios! Jamás sería capaz de hacer la proposición que tenía en mente si se sentaba a su lado; la distraería con la calidez de su sólido cuerpo.

El lacayo cerró la portezuela, y ella se sujetó el sombrero al notar que el vehículo se ponía en marcha. Los periodistas comenzaron a gritar y maldecir en el momento en que su presa se alejó y el cabriolé se mezcló con el tráfico de St. James Street camino de Mayfair.

Eleanor se volvió para mirar hacia atrás por encima del asiento.

—Bueno, no creo que hoy te aprecien mucho en Fleet Street —comentó, refiriéndose a la calle londinense donde se hallaban las sedes de los periódicos más importantes de Inglaterra.

—Que le den a Fleet Street —gruñó él.

Se volvió de nuevo para encontrarse la dura mirada de Hart clavada en ella.

—¿Qué? ¿Eso es todo?

Estaba tan cerca de él que podía apreciar las motitas doradas que matizaban sus iris color avellana, que servían para definir aquella mirada particularmente aguda, y los mechones rojizos en su pelo oscuro, producto de su ascendencia escocesa. Hart llevaba el pelo más corto que la última vez que le vio, lo que hacía que su rostro resultara más afilado y adusto que nunca. Ella era la única entre toda aquella marea de periodistas que había visto sus rasgos suavizados por el sueño.

Hart apoyó el brazo en el respaldo y estiró las piernas debajo del *kilt*, ocupando el espacio entre los asientos. La tela se subió mostrando una breve franja de los muslos bronceados tras horas de ejercicio al aire libre. Era un hombre que disfrutaba practicando equitación, pesca y dando largos paseos por sus propiedades en Escocia.

Ella abrió la sombrilla, intentando dar una imagen relajada y feliz a pesar de encontrarse en el mismo carruaje que el hombre con el que estuvo comprometida hacía ya muchos años.

—Perdona que te haya abordado en la calle —se disculpó—. Fui a tu casa, pero tienes un mayordomo distinto y no me reconoció. Tampoco aceptó la tarjeta que me diste. Parece que son muchas las damas que intentan entrar en tu casa bajo falsos pretextos, y debió pensar que yo era una de ellas. No puedo culparle; por lo que él sabía, podía haber robado la tarjeta y siempre has sido muy popular entre las mujeres.

Como era habitual, la mirada de Hart no perdió intensidad bajo aquel chorro de palabras.

—Hablaré con él.

—No se te ocurra reprenderlo más de la cuenta. No tiene obligación de saber quién soy. Espero que lo pongas al tanto sin dureza. Bueno, he venido desde Aberdeen para hablar contigo. Es un tema realmente importante. Intenté ponerme en contacto con Isabella, pero no conseguí localizarla y no podía esperar. Logré

averiguar por tu lacayo, nuestro estimado Franklin, que estabas en el Club; pero el mayordomo le inspira demasiado terror como para dejarme esperar allí. Es por eso que decidí acechar frente al club y hablar contigo cuando salieras. Ha sido divertido hacerme pasar por una periodista. Así que aquí estoy.

Hart la vio hacer aquel gesto con las manos, aparentemente indefenso, y recordó que todos los hombres que la veían la consideraban desvalida.

«Lady Eleanor Ramsay».

«La mujer con la que voy a casarme».

El sencillo vestido azul oscuro había pasado de moda hacía años y la sombrilla tenía una varilla rota. El sombrero de flores descoloridas, con un pequeño velo, se había torcido y no ocultaba los brillantes ojos azules ni la nube de pecas que se juntaban cuando fruncía la nariz cada vez que sonreía. Era alta para ser mujer, pero la altura iba acompañada por músculos tonificados y curvas pronunciadas. A los veinte años —los que tenía cuando él la cortejó por primera vez—, era una mujer muy hermosa; su risa musical y su voz le habían cautivado en un salón de baile. Y seguía siendo hermosa ahora, incluso más que antes. Su voraz mirada se deleitó en ella; bebió su imagen como un hombre privado de sostén durante mucho tiempo.

Se forzó a hablar con normalidad, de manera casi casual.

—¿Y qué es esa cosa tan importante que tienes que decirme?
—Tratándose de Eleanor, lo mismo podría tratarse de un botón perdido que de una amenaza para el Imperio Británico.

Ella se inclinó levemente y él observó que uno de los corchetes se había soltado de la deshilachada tela del cuello del vestido.

—Bueno, no puedo decírtelo aquí, en un cabriolé, en mitad de Mayfair. Espera a que lleguemos a tu casa.

Pensar en Eleanor en el interior de su hogar, respirando el mismo aire que él, hizo que sintiera una opresión en el pecho. Quería que ocurriera eso, lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Eleanor...

—Bueno, Hart, podrás dedicarme al menos unos minutos, ¿verdad? Considéralo como una recompensa por haber distraído a todos esos periodistas rabiosos. Lo que he descubierto podría resultar desastroso para ti. Por eso he decidido venir en persona en vez de escribirte una carta.

Debía tratarse de algo muy serio si Eleanor estaba dispuesta a abandonar temporalmente su granja en Aberdeen, donde vivía con su padre en medio de una refinada pobreza. En esos días no alternaba demasiado en sociedad. No obstante, era posible que tuviera algún motivo oculto; Eleanor no era de las que hacía las cosas porque sí.

—Si tan importante es, El, dímelo de una vez, ¡por Dios!

—¡Caray! Cuando frunces el ceño se te pone una expresión aterradora. No es de extrañar que los miembros de la Cámara de los Lores te tengan miedo. —Movi6 la sombrilla al tiempo que le sonreía.

Era dúctil bajo su cuerpo y tenía los ojos azules entrecerrados para evitar el brillo de los rayos de sol que calentaban su piel desnuda. Las sensaciones se arremolinaban en su interior cuando ella sonrió y le dijo: «te amo, Hart».

Los recuerdos se agolparon en su mente y revivió con nitidez su último encuentro, cuando no había podido dejar de acariciarle la cara al tiempo que decía: «Eleanor, ¿qué voy a hacer contigo?».

Que Eleanor le hubiera abordado de pronto, antes de que estuviera preparado, iba a obligarle a alterar el momento de poner en práctica sus planes. Pero él poseía la facultad de reorganizarse a la velocidad del rayo. Era una de las cualidades que le hacían tan peligroso.

—En cuanto sea el momento adecuado —continuó ella—, te explicaré mi propuesta de negocios.

—¿Una propuesta de negocios? —De Eleanor Ramsay. ¡Qué Dios le ayudara!—. ¿A qué te refieres?

Ella le ignoró de aquella forma tan suya y se puso a mirar los altos edificios que conformaban Grosvenor Street.

—Hacía mucho tiempo que no pisaba Londres. Y para disfrutar de una temporada, aún mucho más. Estoy deseando ver a todo el mundo. ¡Oh, Dios mío! ¿Esa es lady Mountgrove? En efecto, lo es. ¡Hola, Margaret! —Eleanor hizo señas con las manos a una mujer regordeta que se bajaba en ese momento de un carruaje.

Lady Mountgrove, una de las mayores chismosas de Inglaterra, la miró boquiabierta. La mirada de la mujer tomó nota de cada detalle. De que lady Eleanor Ramsay la saludaba con la mano desde el cabriolé del duque de Kilmorgan y de que el propio duque la acompañaba en el interior. Sus labios formaron una «O» mucho antes de alzar la mano para corresponder al saludo.

—Hacía mucho tiempo que no la veía —comentó Eleanor reclinándose en el asiento—. Sus hijas deben tener ya... ¡Oh, ya deben ser unas damitas! ¿Ha sido ya su presentación en sociedad?

Los labios de Eleanor estaban hechos para besar, y su propietaria los frunció en un mohín adorable mientras esperaba su respuesta.

—No tengo ni la más remota idea —repuso él.

—En serio, Hart, deberías leer de vez en cuando los ecos de sociedad. Eres el soltero más codiciado de Gran Bretaña; probablemente de todo el Imperio Británico. Incluso las madres en la India educan a sus hijas para agradarte y les dicen «nunca se sabe, hija. Kilmorgan todavía está soltero».

—Estoy viudo —puntualizó él. Jamás decía esa palabra sin sentir una punzada de pesar—, no soltero.

—Eres un duque soltero, con altas posibilidades de acabar convirtiéndote en el hombre más poderoso del país. En realidad del mundo entero. Deberías pensar en volver a casarte.

Él observó el movimiento sensual de sus labios, de su lengua. Un hombre tenía que estar loco para alejarse de ella. Hart recordaba perfectamente el día que lo hizo. De hecho, todavía sentía en el pecho el impacto del anillo que ella le devolvió, presa de un arrebatado de furia y angustia.

Debería haber impedido que se marchara, debería haberla seguido aquella misma tarde para obligarla a cumplir su palabra. Después de aquel error, no hizo más que encadenar uno tras otro. Pero entonces era joven, volátil y orgulloso, y se sentía humillado. El altivo Hart Mackenzie, tan seguro de que podía hacer lo que le saliera de las narices, aprendió que aquello no era cierto cuando se trataba de Eleanor Ramsay.

—¿Cómo te va, El? —preguntó en voz baja.

—Pues todo está igual, ya sabes... Mi padre sigue escribiendo sus libros; es un hombre brillante, pero no tiene ni idea del valor del dinero. Le dejé en el Museo Británico para que se entretuviera. Imagino que estará enfrascado en la contemplación de la colección egipcia. Solo espero que no se ponga a desenvolver las momias.

Era posible. Alec Ramsay tenía una mente curiosa y ni Dios ni las autoridades del museo serían capaces de detenerle si se le metía algo en la cabeza.

—Oh, ya hemos llegado. —Eleanor estiró el cuello para con-

templar la mansión que era su hogar en Grosvenor Square cuando el cabriolé se detuvo—. Observo que tu mayordomo nos mira por la ventana. Parece pasmado. Prométeme que no la tomarás con ese pobre hombre. —Ella apoyó los dedos en la mano que le tendió el lacayo que acababa de bajar apresuradamente las escaleras de acceso para ayudarla a descender del vehículo—. Hola de nuevo, Franklin. Como puedes ver, he dado con él. ¡Cómo has crecido, chico! He oído decir que ya te has casado, ¿tienes hijos?

Franklin, que se enorgullecía de la cara avinagrada con la que protegía la puerta del duque más famoso de Londres, se derritió con una sonrisa.

—Sí, milady. Uno. Ha cumplido ya tres años, y no deja de meterse en problemas. —El lacayo meneó la cabeza.

—Eso significa que es un niño robusto y saludable. —Eleanor le dio una palmada en el brazo—. Te felicito. —Cerró la sombrilla y subió los escalones mientras Hart la seguía—. Señora Mayhew, ¡cómo me alegro de verla! —escuchó que decía. Él entró en la casa a tiempo de ver que Eleanor estrechaba las manos de su ama de llaves.

Tras los saludos de rigor, comenzaron a hablar —«¡oh, qué sorpresa!»— de recetas. Al parecer, el ama de llaves de Eleanor, ahora retirada, le había dado instrucciones para que pidiera a la señora Mayhew la de la tarta de limón.

Eleanor comenzó a subir las escaleras y él lanzó su sombrero y su abrigo a Franklin antes de seguirla. Estaba a punto de indicarle que se dirigiera a la sala de pintura cuando un enorme escocés, con un *kilt* raído y la camisa y las botas manchadas de pintura, bajó corriendo desde el primer piso.

—Hola, Hart. Espero que no te importe que esté aquí —dijo Mac Mackenzie—. He traído a los niños conmigo y me he puesto a pintar en uno de los dormitorios de la primera planta. Isabella está decorando nuestra casa y no puedes ni imaginar el alboroto que... —Mac se interrumpió en seco al verla. Una enorme sonrisa inundó su cara—. ¡Eleanor Ramsay, Dios mío! ¿Qué puñetas haces aquí? —Bajó a toda velocidad los últimos escalones para apresar a Eleanor en un abrazo de oso.

Ella besó en la cara a Mac, el tercero de sus hermanos.

—Hola, Mac. He venido a irritar a tu hermano mayor.

—Me parece estupendo. Necesita que le irriten de vez en

cuando. —Mac volvió a dejarla en el suelo con los ojos brillantes y una amplia sonrisa—. Sube a ver a los niños cuando termines, El. No soy capaz de pintarlos porque no están quietos el tiempo suficiente, así que estoy enfrascado en el retrato de la última ganadora de Cam, *Jazmín*.

—Sí, ya he escuchado que ha ganado en las carreras. —Eleanor se puso de puntillas y acercó los labios a la mejilla de Mac—. Es para Isabella. Y para Aimée, Eileen y Robert —añadió dándole tres besos más que Mac aceptó con una sonrisa idiota.

Él se apoyó en la barandilla.

—¿Qué? ¿Vamos a hablar hoy de esa proposición que quieres hacerme?

—¿Una proposición? —preguntó Mac con los ojos brillantes—. Suena muy interesante.

—Mac, esfúmate —ordenó él.

Les interrumpieron los intensos gritos de un armagedón en el piso superior. Mac sonrió de nuevo antes de subir los escalones de dos en dos.

—Papá ya está de vuelta, hijos —gritó—. Si sois buenos, podréis tomar el té con tía Eleanor.

Los chillidos continuaron creciendo en intensidad hasta que Mac llegó al piso superior, entró en la habitación y cerró con un portazo. El estruendo cesó en el acto, aunque se escuchó la retumbante voz de Mac.

Ella emitió un suspiro.

—Siempre supe que Mac sería un padre fantástico. ¿No estás de acuerdo?

Eleanor se dio la vuelta y se encaminó al piso siguiente, hacia el estudio de Hart. Hacía tiempo que había establecido una buena relación con las habitaciones de esa casa y, al parecer, no la había olvidado.

«El estudio no había cambiado en absoluto», pensó ella al entrar. Las paredes seguían cubiertas por los mismos paneles de madera y las librerías llenas de volúmenes parecían llegar hasta el techo. El enorme escritorio —que anteriormente había pertenecido al padre de Hart— seguía ocupando una privilegiada posición en mitad de la estancia.

El suelo estaba cubierto por la misma alfombra, aunque era un perro distinto el que dormitaba sobre ella ante el fuego. Si no re-

cordaba mal, aquel era *Ben*; un hijo de la vieja perra de Hart, *Beatrix*, que falleció algunos meses después de que rompiera su compromiso con él. La noticia de la muerte de *Beatrix* casi le rompió el corazón.

Ben ni siquiera abrió los ojos cuando entraron, y su suave ronquido pareció el contrapunto perfecto con el estallido del fuego que crepitaba en la chimenea.

Hart la tomó del codo para guiarla por la estancia. Ella deseó que la soltara, la acerada fuerza de esos dedos la hacía derretirse y necesitaba toda su fortaleza para la tarea que tenía entre manos.

Si todo iba bien ese día, no tendría que volver a acercarse a él, pero aquella primera aproximación debía realizarla en una entrevista privada. Una carta hubiera podido ser interceptada con demasiada facilidad y caer en manos equivocadas, o podría haberse perdido por culpa de un descuido del personal e incluso ser quemada sin abrir.

Hart arrastró una silla hasta el escritorio, moviéndola como si no pesara nada. Sin embargo, ella sabía que no era así, pensó sentándose allí. El mueble, de madera tallada, era tan sólido como una roca.

Él ocupó la propia silla del escritorio y su *kilt* revoloteó en el aire cuando se sentó, ofreciendo un atisbo de la musculosa fuerza de sus muslos. Si alguien pensaba que las faldas escocesas eran poco masculinas, es que jamás había visto a Hart Mackenzie ataviado con una.

Eleanor pasó los dedos con suavidad por la superficie del escritorio.

—Hart, si realmente sigues pensando en llegar a ser el Primer Ministro, deberías ir planteándote cambiar la decoración de tu estudio. Está muy pasada de moda.

—Olvídate de los muebles. Cuéntame de qué trata ese asunto que ha conseguido que vengas a Londres con tu padre.

—Estoy preocupada por ti. Has trabajado tan duro para conseguir llegar a donde estás, que no puedo soportar pensar lo que sentirías si lo perdieras todo. Llevo una semana en vela, meditando qué puedo hacer. Sé que rompimos de manera muy brusca, pero hace ya mucho tiempo y las cosas han cambiado, en especial para ti. Todavía me importas, Hart, me da igual lo que pienses, y me preocupa que tuvieras que llegar a tener que esconderte si esto saliera a la luz.

—¿A esconderme? —Él clavó los ojos en ella—. ¿De qué estás hablando? Mi pasado no es un secreto para nadie. Soy un granuja, un pecador, y todo el mundo lo sabe. Lo cierto es que en esta época difícil que vivimos, es casi una ventaja para un político.

—Es posible, pero esto podría avergonzarte. Te convertiría en el hazmerreír de la sociedad y, sería, sin duda, un contratiempo.

La mirada de Hart se agudizó. ¡Oh, Dios! Se parecía mucho a su padre cuando hacía eso. El viejo duque había sido muy guapo, pero también un monstruo de fríos ojos que te hacían sentir como si fueras un sapo a punto de ser aplastado por su zapato. Hart, pese a todo, poseía una calidez de la que había carecido su padre.

—Eleanor, déjate de rodeos y ve al grano.

—Ah, sí. Creo que ha llegado el momento de que la veas. —Rebuscó en el bolsillo del abrigo y sacó un trozo de cartulina. La puso sobre el escritorio delante de Hart y la desdobló.

Hart se quedó inmóvil.

Dentro del cartón había una foto. Era una imagen alargada en la que se podía ver a Hart, con algunos años menos, de perfil. Entonces estaba un poco más delgado, con músculos más esbeltos y definidos. En la foto tenía las nalgas apoyadas en el borde de un escritorio, con la nervuda mano apoyada al lado de la cadera. Inclínaba la cabeza como si estuviera estudiándose los pies, fuera del cuadro.

La actitud que mostraba era quizá un poco inusual para un retrato, pero no era lo único extraño en la instantánea. El aspecto más interesante de la foto era que en ella, Hart Mackenzie estaba... desnudo.